

pequeñas ciudades chilenas. Es un artista de gran sensibilidad que se ha entregado sin reticencias a interpretar, en forma literaria, su patria y sus hombres. Su vida de escritor se inició mientras administraba fundos sureños, pues entonces amenizaba las veladas campesinas contando historias reales y, a la vez, fantásticas entre corridas de mate y humo de azúcar quemada. Después, en nuestro ambiente refinado y urbano, Luis Durand no ha hecho otra cosa que llevar hasta el libro el universo inagotable de sus ficciones, animoso por mostrar al chileno asfixiado en la vasta urbe, un jirón campestre de preciso color y sugerente atmósfera. Y ha triunfado...

LOS HUÉSPEDES ILUMINADOS.

En una edición esmerada, pulcra, de páginas muy blancas, Joaquín Martínez Arenas presenta su primer libro de poesía. No se trata, empero, de la obra de un aprendiz todavía inseguro y titubeante. Joaquín Martínez Arenas obtuvo la flor de unos Juegos Florales hace diez años y ya en esa época, vivía absorto modulando y rumiando sus interminables trabajos que iban del cantarino y adolescente poema de amor a la gran poesía—de versos enormes—sobre asuntos sociales: la guerra de España, el antifascismo, etc. Quizá si esta última derivación de su vena determinó el hecho de que el poeta se dedicara, a través de un par de lustros, a la política. Y que de ella cosechara lo que casi siempre obtienen los escritores en esas lides: hastío, desilusión, fatiga y certidumbre de haber perdido el tiempo, aunque los filósofos árabes sostengan que nada de lo bueno o malo ejecutado por el hombre es perdido. Resultante de todo este proceso anímico nos parece este libro, recién publicado, que el autor intituló «Los huéspedes iluminados».

El dominio formal obtenido por el poeta, con sudor y sangre, en sus primeros ajetreos líricos, y que luce de veras en sus actuales prosas (ensayos y críticas) se muestra en las estrofas del

moderno texto, con seguridad indiscutible. Tal vez esa misma facilidad y perfección de forma, malogra el nervio impalpable que exige el lirismo y hasta la épica de cuño noble. Sus poemas discursivos y blancos parecen facturados en voz alta, complaciendo el autor con su propio eco. El pariente más próximo de esta clase de poesía, entroncada a nuestro juicio, con el ensayo y la digresión filosófica, es Humberto Díaz Casanueva. Pero hay en Joaquín Martínez Arenas una mayor dosis de palabras, generalmente adjetivos que disminuyen el efecto substancial o sustantivo de la voz lírica. El juego metafórico con tendencias a lo conceptual y abstracto, produce el efecto marmóreo; la tendencia expositiva del sujeto poético desvirtúa la fuerza lírica. Es posible que el autor logre salir de este círculo vicioso con un mayor castigo, en el sentido de substracción de su obra poética. Muchas veces el derroche de aptitudes malogra la pureza de una sola y el espejismo verbal oculta el verdadero camino del artista. Y en este último caso, más vale no mantener decisiones preconcebidas, de carácter genérico, es preferible actuar con sigilosa y atenta humildad como los impersonales poetas chinos, tan distantes antaño de nuestro tremebundo «yo» occidental. El propio Joaquín Martínez Arenas lo intuye en este bello dístico:

¡Cuánto envidio esa dulzura! ¡Hiéreme ser quien soy
y no coronar mi muerte con su estrella!